

**Francesc CABANA (coord.), *Cien empresarios catalanes*, Madrid, LID Editorial Empresarial, prólogo de Jordi Maluquer de Motes, 2006, 784 pp.**

En el prólogo de la obra que reseñamos, el profesor Jordi Maluquer de Motes señala que “las prioridades de la sociedad [catalana] se orientaron siempre hacia el sector privado”, lo que se constata por la escasa presencia de catalanes en la burocracia estatal, los cargos de gobierno o el Ejército, y por la “ausencia prácticamente total de la empresa pública en el crecimiento económico catalán de los doscientos últimos años” (sin duda hay excepciones, como veremos). Por tanto, Cataluña habría sido tierra de empresarios y es complicado seleccionar un centenar de ellos que haga justicia a una realidad histórica tan amplia y variada. Con todo, el prologuista se muestra muy satisfecho con el trabajo realizado por el equipo que ha coordinado el historiador Francesc Cabana, algo en lo que coincide.

El esfuerzo, sin duda, ha sido monumental. En el jurado para la selección de los 100 mayores empresarios catalanes se contó con representantes del mundo académico (el coordinador, el prologuista, Carles Sudrià, Albert Carreras y Gabriel Tortella), de las patronales (Foment del Treball Nacional y Cercle d’Economia) y de las cámaras de comercio de las cuatro provincias del Principado y la de Reus, además del propio editor, Marcelino Elosua, quien ha convertido a LID en un sólido puente entre la universidad y la empresa, y entre estas instituciones y la sociedad. En el nutrido catálogo de la Colección de Historia Empresarial de LID se cuenta, además de esta obra, con una selección de 100 grandes empresarios españoles (publicada en 2000 bajo la dirección de Eugenio Torres) y otra de 100 grandes empresarios valencianos (publicada en 2005 bajo la dirección de Javier Vidal), y se están preparando para su inminente aparición libros semejantes para los casos del País Vasco, Madrid y Andalucía. El propósito no es otro que ayudar a entender el papel que los empresarios han desempeñado en la evolución económica de España. Hay algo de reivindicación en estas publicaciones, por la rabia que produce la poca consideración que ha tenido el empresario en la sociedad española, pero, sin duda, el planteamiento no es hagiográfico, sino serio y crítico en la medida que lo permiten las fuentes manejadas.

Nadie duda de la contribución del empresariado catalán a la Primera Revolución Industrial. Desde finales del siglo XVIII, con el algodón importado de las colonias españolas en América y la maquinaria traída de Inglaterra, un grupo de empresarios schumpeterianos fue capaz de sentar las bases de una potente industria textil en Cataluña. Las

“industrias del vestir” (textil, confección, cuero y calzado) están muy presentes en la obra que comentamos. Hasta 23 empresarios de los 100 elegidos se encuadran en esa categoría. Un caso notable fue el de Joan Güell i Ferrer que hizo fortuna en la Cuba de los años 20 y 30 del siglo XIX y, vuelto a Barcelona, impulsó en 1844 dos grandes obras: la empresa textil Vapor Vell, en Sants, y el Banco de Barcelona, junto a Manuel Girona y otros. Güell sería un hombre decisivo en el asociacionismo empresarial catalán, que buscaría, por encima de todo, la protección arancelaria de las industrias nacientes, siguiendo las doctrinas de Friedrich List, defensoras de la “economía nacional”. Como recuerda Martín Rodrigo, Güell fue denominado “verbo” y “atleta” del proteccionismo.

Mayores dificultades se dieron en Cataluña para desarrollar el otro *leading sector* de la Primera Revolución Industrial, la siderometalurgia. Cataluña no ha sido una región rica en recursos naturales y esto ha resultado decisivo en todas partes para entender la localización industrial en el sector siderometalúrgico. La biografía del arquitecto Joan Torras Guardiola, escrita por Asunción Feliú Torras, muestra a las claras estas limitaciones. El “Eiffel catalán” dependió mucho de proveedores vascos y asturianos para llevar adelante sus proyectos con el hierro como protagonista. Pero sobre la base que había construido en Poble Nou (Barcelona), su hijo, Joan Torras Puig, pudo convertir a la sociedad anónima Torras Herrería y Construcciones en una empresa capaz de hacerse con la histórica Fábrica de Mieres en los años del primer franquismo. En esta operación confluiría todo el esforzado entramado del metal en Cataluña. Junto a los Torras estarían los Rivière del alambre, los Suñer de los laminados y los Roca de los radiadores. El Banco Español de Crédito, muy comprometido en Fábrica de Mieres, y el Banco Hispano Colonial, impulsado por los marqueses de Comillas como gran banco de negocios catalán, apoyaron la operación. La Naviera Morey, de nueva creación, llevaría el carbón desde los puertos asturianos hasta Barcelona. Hubo años de esperanza, pero la crisis de los 70 y la entrada de España en la Comunidad Económica Europea en 1986 revelaron falta de competitividad. Un empresario nacido en 1939, el ingeniero Francesc Rubiralta i Vilaseca, sería capaz de montar con los restos del naufragio el pujante Grupo CELSA, con acerías y otras fábricas en Cataluña y el País Vasco, pero también en el Reino Unido y Polonia, que ha sido magníficamente estudiado por Paloma Fernández.

Las industrias características de la Segunda Revolución Industrial fueron la eléctrica y la química, y su paradigma fue el automóvil, una combinación de ambas y de las mejoras en el mundo del acero que cambió decisivamente el modo de vivir de las personas. En Cataluña había una importante tradición de industria mecánica (pensemos, por ejemplo, en Valentí Esparó i Giralt, fundador en 1855 de La Maquinista Terrestre y Marítima, del que nos habla Àlex Sánchez), por lo que no es extraño que la máxima aportación española a la industria automovilística fuese conseguida en el Principado. Así ocurrió antes de la Guerra Civil y de la mano del empresario Damià Mateu Bisa y su marca Hispano Suiza. José María López Carrillo nos informa que Mateu era hijo de un comerciante en hierros que, lejos de mostrar interés por seguir el negocio familiar, se doctoró en Derecho y pretendió ejercer como abogado. Pero al morir su hermano mayor no tuvo más remedio que hacerse empresario, asunto que abordaría con la máxima ambición desde 1904, cuando constituyó la sociedad anónima Hispano Suiza, a partir de la liquidación de la sociedad comanditaria con la que Jaime Castro había pretendido fabricar automóviles y que le debía dinero.

Mateu no entendía de automóviles y nunca quiso conducir, pero supo retener al brillante ingeniero suizo Marc Birkigt, que había participado en el proyecto de Castro y también en el de su antecesor, el capitán Emilio de la Cuadra. La historia de Hispano Suiza se complicó en los años de la Primera Guerra Mundial por la gran actividad que registró su filial en París y los requerimientos que recibió del Estado para establecer otra filial en Guadalajara. Como se pone de manifiesto en el trabajo de López Carrillo, todavía sabemos muy poco de estas importantes operaciones y de cómo afectaron a las relaciones entre Mateu, Birkigt y los socios franceses. Tampoco sabemos gran cosa de la decadencia de la fábrica de La Sagrera (Barcelona) que terminaría sirviendo para que, en 1946, naciese una empresa emblemática del Instituto Nacional de Industria, ENASA, el fabricante del camión Pegaso. Con seguridad, el esperado trabajo del profesor Jordi Nadal sobre Hispano Suiza servirá para despejar muchas incógnitas de un tema clave en la historia industrial catalana y española.

El sector de la electricidad tuvo un arranque prometedor en Cataluña, en torno a 1881, con las iniciativas conjuntas de Tomàs J. Dalmau y Narcís Xifra que narra Jordi Maluquer de Motes. Pero la falta de apoyo del Ayuntamiento de Barcelona hizo que pronto la empresa alemana AEG fuese la verdadera protagonista de la electrificación catalana. En el libro, Borja de Riquer i Permanyer realiza una interesante aportación al tema en su biografía del político catalanista conservador Francesc Cambó i Batlle. En 1905, Cambó era concejal de Urbanismo y Transportes Urbanos en el Ayuntamiento de Barcelona e intervino decisivamente para que una filial del gigante AEG obtuviera la explotación del servicio de tranvías. Así fue como Cambó conoció a Daniel N. Heineman, el gerente de SOFINA, la sociedad belga que dirigía las inversiones en el extranjero de AEG. Como abogado, Cambó ayudó a SOFINA a crear en 1911 la Barcelona Traction, empresa conocida como La Canadiense por tener su sede en Toronto. Más tarde, en 1919-1920, Cambó sería el socio ideal de Heineman para dotar a la filial de AEG en Argentina de una apariencia española y así evitar su posible incautación en el contexto del conflicto desatado por las reparaciones de guerra alemanas. Fue el origen de la Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE), de la que Cambó sería presidente entre 1926 y 1947, haciéndose rico por las compensaciones recibidas. Tras la Guerra Civil, Cambó se exilió y falleció en Buenos Aires en abril de 1947. Poco después se iniciaba el asalto del financiero mallorquín Juan March, con el apoyo del Estado franquista, al conglomerado internacional de Heineman (Franco alabó el “audaz nacionalismo” de March). Resultado de ello fue que la Barcelona Traction se transformó en Fuerzas Eléctricas de Cataluña (FECSA), empresa privada que tuvo problemas de rentabilidad y terminó controlada en el decenio de 1990 por la pública ENDESA.

A diferencia de lo ocurrido en el sector eléctrico, hay que hablar de notable aportación empresarial catalana en el sector químico, empezando por la figura de Amadeu Cros i Nubiola, que estudia en el libro Francesc Cabana. El abuelo del personaje fue François Cros et Depuis, un francés de Montpellier introductor en España de las primeras cámaras de plomo para la producción de ácido sulfúrico. Pero Amadeu Cros llegó más lejos, al convertir el negocio familiar en “una gran empresa de fertilizantes, la primera de su género en España hasta pasada la mitad del siglo XX y la más importante empresa química catalana”. S.A. Cros se constituyó en julio de 1904 e instaló su fábrica principal en Badalona. Hasta la crisis industrial del decenio de 1970, Cros tuvo una trayectoria soste-

nida; en 1989, terminó fusionada con el otro gran nombre de la química privada española, Explosivos Río Tinto, formando la actual Ercros, una empresa diversificada que exporta la mitad de su producción. Mención aparte merecen los sectores farmacéutico (con Antonio Gallardo, Josep Esteve, Carles Ferrer Salat y Joan Uriach a la cabeza) y de perfumería (con Antonio Puig), donde empresas familiares han sido capaces de mantenerse rentables y competitivas en un mundo dominado por gigantes multinacionales. Los perfiles biográficos que aporta Núria Puig sobre siete empresarios de estos dos sectores ayudan a entender cómo ha sido posible.

Al margen de los *leading sectors* de la industrialización, Cataluña ha contado con empresarios capaces en la industria agroalimentaria (se reseñan catorce en el libro), la construcción (Josep M. Figueras, Joaquim Molins, Josep M. Roviralta o los hermanos Roca Soler) y la fabricación de madera y papel (Lluís Guarro, Antonio Miquel, Paulí Torras). También los ha tenido en el sector energético, donde el ingeniero y abogado Josep Mansana Terrés creó, en 1912, Catalana de Gas y Electricidad, S.A., negocio que otro ingeniero, Pere Duran i Farell, consiguió transformar en la actual y poderosa Gas Natural en los primeros años del decenio de 1990. La vida de Masana y Duran quedan recogidas en el libro a partir de sendos trabajos de Pedro A. Fábregas y Francesc Cabana. También fue catalana la CEPSA que los hermanos Eduard y Francesc Recasens i Mercadé constituyeron en 1929, con el concurso del Banco de Cataluña que habían fundado en 1920. El ingeniero Demetrio Carceller prestó a los Recasens su apoyo técnico en esta empresa, mientras seguía trabajando para la competencia, CAMPSA, en una “asombrosa exhibición de duplicidad”, como señalan Gabriel Tortella y Francesc Cabana.

El libro no olvida el sector servicios, pero éste, sin duda, ha sido menos importante que la industria en esa “fábrica de España” que ha sido Cataluña. Cada vez está más claro que la banca no estuvo bien gestionada y que las cajas de ahorros se impusieron con facilidad desde principios del siglo XX. El abogado Francesc Moragas i Barret fue el fundador (en 1904) y primer director general de lo que hoy es La Caixa, una institución que nació para ofrecer a empresarios y trabajadores un instrumento de ahorro para constituir pensiones que cobrar en el momento de la jubilación. El éxito fue fulgurante, pero, tras la Guerra Civil, la institución fue intervenida por el franquismo y perdió toda su vitalidad, como explica Carles Sudrià. En 1976 accedió a la Dirección General el ingeniero y economista Josep Vilarasau Salat, que supo aprovechar las posibilidades que abría la reforma Fuentes Quintana de 1977 al equiparar operativamente a bancos y cajas. La fusión entre La Caixa y la CAMP de Barcelona, ocurrida en 1990, convirtió a la primera en la entidad financiera de referencia en Cataluña (véase el trabajo de Ricard Fornesa).

Un empresario señero en el sector servicios fue Antonio López y López, que nació en Comillas (Cantabria), en 1817, en el seno de una familia humilde. López emigró muy joven a Cuba, donde se embarcó en distintos negocios, destacando la construcción del primer vapor de hélice de la marina mercante española. Con 38 años se estableció en Barcelona, donde crearía navieras (la Cía. Transatlántica), bancos (el Banco Hispano Colonial) y compañías de seguros (Vitalicio Seguros), amén de Tabacos de Filipinas, una empresa en la que sólo pudo asistir a su primera Junta de Accionistas, pues falleció horas después de su celebración, como cuenta su biógrafo Martín Rodrigo. Es difícil encontrar empresarios catalanes tan polifacéticos y relevantes como el marqués de Comillas, pero

el libro no olvida anotar nombres en las empresas ferroviarias, las grandes estructuras comerciales y la comunicación.

Ninguna empresa con sede en Cataluña figura entre las 500 mayores del mundo por ingresos del *ranking* publicado por *Fortune* para 2007. De las 9 españolas, 8 están localizadas en Madrid (Banco Santander, Telefónica, Repsol YPF, ENDESA, CEPSA, ACS, Ferrovial y Altadis) y la restante en Bilbao (BBVA). ENDESA –tras la inaudita oposición anti-catalana de su presidente, Manuel Pizarro, a una OPA de Gas Natural– ha terminado en manos italianas, CEPSA está en manos francesas y Altadis acaba de pasar a manos británicas. Por tanto, el panorama de la gran empresa española no catalana tampoco es muy consolador. Estos datos ignoran que el mayor número de empresas españolas activas se localiza en Cataluña (612.404 frente a 503.000 de Madrid y 511.728 de Andalucía, según el *Directorio Central de Empresas*, a 1 de enero de 2007). Pero ayudan a poner de manifiesto que faltan iniciativas de envergadura, como las que han existido en distintos momentos de la historia contemporánea de Cataluña y que el libro *Cien empresarios catalanes* recoge con cuidada presentación.

JOSÉ LUIS GARCÍA RUIZ